

Calle filosofía, sin número

Javier López Alós

Bien comunicada, soleada y con ventilación... así, puestos a pedir, prefiere uno pintar su calle. Porque las calles, existan o no, siempre empiezan en un dibujo, en un proyecto. Luego el proyecto termina por ser desbordado y acaba en otra cosa —quién sabe, una avenida, un paseo lleno de árboles y filósofos—, o se frustra y queda en mero callejón, en calle sin salida, en travesía cerrada de filósofos tristes.

Aquí abrimos una vía nueva que llamaremos *Calle Filosofía* y a la que dejaremos sin número y que trataremos de prolongar hasta el extremo mismo de *Eikasía*. En esta calle, un poco en la periferia, que es el lugar desde el que algunos tenemos el vicio de mirar las cosas y tratar de comprenderlas, se irán abriendo a derecha e izquierda pequeños relatos contaminados de filosofía, otras veces, filosofía contaminada de literatura breve, como escaparates a los que asomarse sin necesidad de entrar. Algo así permite la filosofía mundana, a pie de calle: caminar, parar un momento, observar, seguir andando... camino a la Academia.

EL ESPECTADOR
(QUOD PRIUS NON FUERIT IN SENSU)

«...quia nihil est intellectu nisi fuerit in sensu». Santo Tomás de Aquino, *De consolatione Philosophiae*, lib. 5 cap. 7.

Cómo iba a saber Manuel Vives Somport, cuarenta y siete años, veintiuno de experiencia, que esa tarde iba a ser la última en que conduciría un autobús. Cómo iba a saber Manuel Vives Somport, el chófer con menor índice de siniestros de toda la empresa, que ya no volvería a cubrir nunca más la ruta Alicante-Denia que, durante, tanto tiempo, había completado pueblo a pueblo siguiendo la carretera de la costa. Cómo iba a saber Manuel Vives Somport que aquella señora tan alta y tan grosera que pretendía llevar consigo la maleta, aquella inglesa desconfiada que subió al pasar Villajoyosa, iba a ser la última pasajera en reprocharle su impuntualidad. O cómo iba a saber que la muchacha que llegó corriendo —fatigada, natural, hermosa— y por muy poco no pierde el autobús, era en realidad la última persona que ya nunca subiría. Cómo iba a saber Manuel Vives Somport, cómo iba a saberlo, que a unos pocos kilómetros de Calpe, en la contemplación del Peñón de Ifach y los acantilados, iba a sentir un impulso irrefrenable por salir de la carretera y despeñar el autobús. Cómo iba a saber lo que se siente al ver rodar precipicio abajo un vehículo con cincuenta personas dentro si antes no lo hacía.

SUEÑO I

« Et enfin, considérant que toutes les mêmes pensées que nous avons étant éveillés nous peuvent aussi venir quand nous dormons, sans qu'il y en ait aucune pour lors qui soit vraie, je me résolus de feindre que toutes les choses qui m'étoient jamais entrées en l'esprit n'étoient non plus vraies que les illusions de mes songes » Descartes, *Discours de la méthode*, quatrième partie.

Despertar. Abrir los ojos, mirar el techo, parpadear y ver cómo el propio cuerpo se levanta, busca las zapatillas por debajo de la cama, abre la puerta, sale de la habitación, desaparece. El ruido de la cisterna. Regresa. Otra vez la cama, el cuerpo en el mismo lugar, un último parpadeo, el techo y duerme, duerme y sueña. De nuevo el despertar, de nuevo el cuerpo que se alza y se va, que adquiere presencia ajena pero que regresa y se incorpora al parpadeante que mira hacia arriba y no dice nada, y juntos vuelven al sueño. Pasan las horas, los días, las infinitas vidas malogradas como la soledad entre las mantas, y la escena se repite: un hombre aterrado y solo que duerme y sueña que es otro; el hombre soñado, el otro, que a duras penas es capaz de llegar por sí al cuarto de baño y retorna a la cama, acomplexado y triste, a intentar soñar que es otro. Y así otro y otro y otro y otro, como una hilera de durmientes tendidos en las sábanas, yendo y viniendo, incorporando sueños hasta desbordar la cama. Caer al suelo, despertar, buscar entre mantas y sábanas, ver que no hay nadie. Esperar, creer que algo está a punto de pasar.